

A PUERTA CERRADA

A PUERTA CERRADA

LUIS FERNANDO ALEJOS

libros
mínimos
narrativa

Edición al cuidado de Julio Serrano y Michelle Juárez
y el autor

w w w . l i b r o s m i n i m o s . o r g



*“Voy a pensar en todo lo que me pueda elevar
Espíritu rebelde no me vuelvas a dejar
Que Dios bendiga al pobre y al que se enferma
Es tiempo de perder que la derrota no te duela
es tiempo de perder que la derrota no te duela”
Los Fabulosos Cadillacs - Paquito*

*“I’ve been in some rooms where if you saw me there
you wouldn’t like me at all”.
Ethan Hawke’s Jimmy Heartsock - Ash Wednesday*

*“Dormir puede ser una parte de olvidar”
Lucybell – Sembrando en el Mar*

“Los pensamientos negativos que usted alimente pueden llevar a muchas formas de culpa. Puede ser autculpa, usted cree ser el problema”. La frase salta del libro hacia tus ojos y escupe en ellos. Agachás la cabeza y te concentrás en el piso, en su patrón modernista y en el polvo que lo cubre desde hace tres meses. El sabor de dos pupusas (tu cena) lo sentís todavía merodeando en tu esófago. Luchás por contener el impulso de vomitar el alimento congelado. Te acercás al ventilador y la velocidad 4 empieza a surtir efecto. Una brisa misericordiosa te lame el cuello y la cara. Sus bondades son bienvenidas. Escribís una cita en tu diario: “La incomprensión, más que la imposibilidad de comprender, es la imposibilidad de sentir. José Narosky.”

Es lo último que recordaste hacer antes de que el sueño te venciera. Los sesenta vatios de la bombilla presencian el ensayo de tu muerte.



Suena un disco en el estéreo de tu carro. Manejar con una banda sonora siempre te hacía sobrellevar con una mejor disposición el tráfico urbano. “Cuando cae el remordimiento sobre ti, sobre tus manos”. La confesión suena familiar. “Tú sabes cómo te duele haberlo hecho”. El semáforo está en verde y no te das cuenta. “Sin embargo ella está a tu lado”. La fila de autos detrás tuyo te recuerda, con los mejores modales posibles, que alguien, vos, debe empezar la marcha. Los dejás bocinar hasta la madre... su protesta es nula. La lírica te habla. “Nunca solo te dejó ni por un instante en tu cuarto”. La ambivalencia de los gemidos en tu cama. Pensás en lealtad y monogamia, amor y entrega. Conceptos difusos en este momento de tu vida. Dos mujeres conversan en una parada de camioneta sobre su compartida estrategia para evadir el compromiso de una relación amorosa, tomando a sus hijos como rehenes. El día transcurre lento, demasiado lento para tu gusto.



Niño con cáncer. Te mira como Jesús a un niño. Los cuatro dígitos de una de sus manitas confiesan su edad. Pronto cumplirá cinco y, si su tratamiento resulta como

todos sueñan (esperan, imploran), una cabellera trigueña y crespa reemplazará a la calva que ahora evidencia su mal. Los demás pacientes del servicio ambulatorio están en un limbo, un purgatorio terrenal que no se compara al desenlace feliz que podría recompensar a este niño. Imaginás un ultrasonido, el intermitente puño que late rápido, rápido, rápidorápido, rápidorápidorápido-rápidorápido, rá-pi-do. Capturás su esencia a través de tu cámara, y le pedís prestada un poco de vida. Él, sin pensarlo dos veces, te la ofrece como Jesús a un niño.



El éxito proviene de tener buenas relaciones interpersonales. Al final de la pasantía en una compañía agraria, Estuardo (tu mejor amigo) fue humillado por su falta de experiencia, durante una presentación con el director corporativo de la empresa costarricense. Jovial, casaquero y agradable (los rasgos más evidentes de su personalidad, como lo podría comprobar cualquiera que hablara con él durante unos cinco minutos) y un prometedor ingeniero forestal (además, coquetea con la Arquitectura), no tomó con gracia el certero upper cut directo a su ego; justamente él, un graduado Summa Cum Laude, estudiante distinguido de una de las

universidades privadas más prestigiosas de la región centroamericana.

Días después de su revés profesional, lo invitás a compartir una noche desenfrenada en tu compañía. Compañeros de infancia, agregaron una noche de culos, cigarrillos, condones y el Grupo Rana, al inventario de memorias en común. Alquilar los servicios de dos señoritas y disfrutar la desnudez colectiva sería un paliativo en la vida de ambos. Sabías que pronto él regresaría a completar su posgrado a la Escuela de Negocios Latinoamericana. Supiste cómo persuadir y corromperlo. “Putá, cerote, nunca lo voy a olvidar”, te dijo, satisfecho y con un mejor humor, antes de subirse al avión, optimista como siempre. El futuro lo esperaba, con ansias.



Hay rabia. El amargo, bilioso sabor lo sentís en la boca, justo antes de tomarla por las muñecas. Ella te ve, hundida en pánico. Te tiene pánico. Su aspecto refleja tu interior negro, y quisieras no volver a mirar esos ojos extraviados, arrancarla de tu vida y de tu espacio. Grita, espera la violencia.

La alejás con fuerza, mientras tus huesos empiezan a odiarse. El pasillo de su casa lo observa todo, al igual que la empleada doméstica, con una expresión de quieto horror. Ella se aferra a vos, tratando de borrar la culpabilidad de lo que casi llegó a suceder: cruzar al punto sin retorno. Los enfermos lloran. Quieren curarse el uno al otro.



Llorar es un ejercicio democrático: requiere de muy poco entrenamiento, sus beneficios son inmediatos, y se puede practicar a cualquier hora, por el tiempo que sea necesario. Claro, muchos no están acostumbrados a un Llanto Profesional; las virtudes de un Llorador Experimentado tienden a crear situaciones socialmente incómodas. Tu madre quiso llevarte por el camino lacrimoso, buscaba que clasificaras en ese deporte, útil para efectos manipuladores. Pero hoy no; ignoraste la posible urgencia de tu estado de ánimo. Llorar es un vicio para los privilegiados.



La gente sana posterga el sexo como una tarea banal. Al requerir de furtivos, anónimos encuentros, y luego

de hacer llamadas telefónicas con una desesperación preocupante, notás lo ocupados que están todos. Nadie quiere darte la hora del día, mucho menos lamer tus heridas, o cualquier centímetro de tu piel, si de eso hablamos.



A esta puta se le apetece algo de MacDonald's. Son casi las cinco de la tarde y no ha desayunado (alquiló su cuerpo menudo, de tono chocolate, durante toda la noche y la madrugada). Al salir del motel calculás que un MacMenú no sería un gasto mayor al que, en medio de una laguna sexual, ya realizaste para compartir tu desnudez con esta prieta nicaragüense. Pero, cuidado, alguien te puede ver, la dieta chatarra es tan cotidiana; preferís no correr el riesgo de toparte con alguien, aunque fuera haciendo cola en el autoservicio. La dejás pasar hambre y el Datsun se mueve rumbo a la avenida que desembocará en la PutiCueva, esa guarida donde se almacenan mujeres de identidades múltiples, las que atienden urgencias y acuden a la señal de emergencia. Dejás que salga del carro, sin ningún maquillado intento por llevártelas de caballeroso y abrirle la puerta. Los

malditos arcos dorados invaden el panorama urbano, como murciélagos de franquicia y culpa de clase media.



Es la segunda vez que participás en una experiencia de sexo colectivo. Conociste a la pareja hace cuarenta minutos (estaban borrachos, pero eso no fue suficiente impedimento como para suspender el encuentro o, al menos, posponerlo). Ahora sentís venir el preámbulo, un tsunami que arrasará con todo. Claude le quita el sostén a Brooke, por debajo de la blusa, con la maestría de quien lleva años de ejercer actos impúdicos a la vista de todos. Brooke es multitalentosa: al mismo tiempo que continúa un sermón acerca de los riesgos de pactar cogidas anónimas y swinger en la intimidad de tu hogar, está hipnotizada por la pornografía presente en el televisor. Un cierto desapego es evidente en sus movimientos, muy parecidos a los del muñeco de un ventrílocuo, o a la muñeca-reliquia-familiar de cualquier hogar de clase media. Claude pregunta si estás circuncidado, y contestás rápido, como si estuvieras otra vez en un salón de educación primaria (en cierto sentido, así es).

Los senos de Brooke están expuestos y los acaricia su novio cuarentón, quien toma una de tus manos y la

coloca encima del busto firme. Una densa niebla te impide revivir estos hechos, se vuelven difusos, sin imágenes sensoriales, necesarias para atar cabos. Aun así, recordás algunos fragmentos: Brooke pide que te quites los lentes y, sorpresa, acto seguido empieza a chupártela. Claude aguarda su turno, pronto recibe también su merecido.

El surrealismo de la escena vence a tu morbo y no te acercás para ver mejor, sólo notás la cabeza femenina contonearse en dirección de la otra verga. Lo que sucede después tampoco lo esperarás: Brooke te besa, con labios que han complacido genitales masculinos (incluyendo los tuyos, vamos, al menos dale ese crédito). Niño principiante en el protocolo de las orgías, tratás de aparentar cualquier sensación ajena al asco, y respondés al beso francés con rastros del sabor de Claude. Te saluda un tatuaje en la espalda baja de Brooke, quien es arrastrada, ya desnuda, a tu cama. Claude propone que vos, así como ellos, te desnudés.

Un juego de poder en tres vías toma lugar sobre la cama semi-matrimonial, con sábanas muy sucias. Dura muy poco la penetración. Acabás dentro de Brooke. Claude, paciente como ha sido y enérgico en su plan de

que hicieras tuya a su mujer, ingresa en ella. No tenés energía emocional para seguir, y tu desgano enfría a Brooke. Se levanta de la cama, toma su ropa y se viste en el baño. Claude disimula su enojo, con mesura y cordialidad. Antes de irse, la pareja te deja varios billetes sobre la mesa de la noche, y propone repetir la experiencia en otra ocasión.

Al quedarte solo, te golpea la intensidad de tus pecados. Se agita tu respiración, y sentís que todo da vueltas. Caés de bruces encima de un revistero, y las luces se apagan. Las luces se apagan.



Destinos alternos. “Un universo de agua mineral”. La pensás de madrugada. “Un letargo de azul”. Su seguridad y la luz que emanaba. “Un eclipse de mar”. Lo bochornoso que te sienta, en este momento, abrazar la derrota.



Al tenerla así de cerca, bajo estas luces de cabaret, lo reconocés sin tapujos: El Deseo (más fuerte que el impulso que detonó el alcohol en tu sangre) te empuja hacia ella, y pagarás lo que sea por tenerla, el tiempo que sea estipulado por las reglas carnales del antro.

Su condición de madre se hace evidente cuando desliza hacia abajo la tanga color marfil y te muestra una cicatriz que atraviesa horizontalmente el pubis. Sabés (con una escalofriante precisión) que tanto el gesto como la pronunciada cicatriz, y sus implicaciones, te abruman y excitan de sobremanera.

“Tenés la piel sensible. Yo también, pronto te darás cuenta”, le anticipás a la bailarina exótica-vedette-dama-de-compañía-mujer-de-negocios-inmigrante-madre soltera.

La naturalidad de la negociación te relaja, así como el candor presente en sus palabras, a medida que sus labios se acercan a los tuyos. Besos de ceniza (alma quebradiza) los depositan, y después de firmar el voucher de la tarjeta de crédito, a media luz, con la ayuda de la linterna del mesero, se levantan tomados de la mano rumbo a una de las habitaciones contiguas al escenario. Besar a alguien nunca fue tan contestatario como hoy: el sexo, sin esa lucha de saliva y pasión carece de un ingrediente poético, necesario para compartir una pinche cama (aunque sea marginal, colectiva y temporal).

La iluminación del cuarto es cálida. Su decoración te recuerda a la casa de Tony, un amigo de tu hermano mayor. Entre sutil y escandaloso, hipnotizante, el papel

tapiz arroja mensajes codificados. Sonetos libidinosos o malditos, libidinosamente malditos. Ya desnuda, a excepción de sus botas de vinilo, la hembra te observa, tendida de espaldas, extendiendo su herida en dirección de la tuya. Ahora sabés que el aroma vaginal carece de ciertas bondades cuando pertenece a alguien transitorio en tu vida, pero decidís ignorar ese dato, inútil en este momento, cuando las cosas van bien. Arremetés en forma oral y te concentrás en el acto. Besás la cicatriz, el monte de venus rasurado, y sus gruesos labios, elásticos, con sabor a infancia. Ella, después de mirarte, concentrada, admira la dinámica pasiva en la cual su vulva es alimento, y cae de espaldas sobre la cama. Acariciás uno de sus senos, pequeño y terso.

Después de sentirla estremecerse, y creyendo por un segundo en lo que bien pudo ser un performance demasiado convincente, se invierten los roles. Ella te complace con su boca, por supuesto, luego de colocarte un condón (en estos días las sexoservidoras de alta categoría ejercen una responsabilidad asombrosa en materia de salud preventiva). Lo demás es... tango, sexo, sexo y amor... Aquí sólo hay amor virtual, necesidad de creer en algo conceptual... tanto tango, tanto dolor.

El duelo, un sacrificio en el que un eterno virgen es arrojado al volcán, termina antes de lo anticipado (tu compañera no disimula su decepción). Lo que el miembro no completó, tus labios intentan prolongar, buscan su vulva, como para reivindicarte. Ambos permanecen desnudos. “Ya es hora”, te dice en voz baja. Pasan un rato viéndose, como enamorados. La tristeza surge en tu boca, y confunde tu paladar. Tratás de ignorar esa verdad, con el fondo musical que se escucha desde afuera: The Reason, dulce y codependiente balada, en la voz de Celine Dion y, hecho curioso, co-escrita por Carole King. Le balbuceás la info pop a Vicky, la salvadoreña de 22 años que se prestó a jugar a los amantes con vos.

Antes de vestirse, ambos se dan cuenta que el semen logró escurrirse hasta tu pierna derecha, afuera del condón y de tu pene flácido. El líquido ralo humedece uno de sus muslos. Sin cundir en pánico, recurren a una toalla para secar el fluido, casi desapercibido testigo, hijo en potencia. Se besan un poco más.

No deseás atravesar el canal que te llevará al mundo exterior.

*“Y el corazón del sabio sabe el cuándo y el cómo
Porque todo asunto tiene su cuándo y su cómo
Pues es grande el peligro que acecha al hombre,
ya que éste ignora lo que está por venir...”*
(Eclesiastes, 8:5)

Claude Stewart te llama exigente, beligerante, incluso, en esta madrugada. Un año pasó desde aquella noche pornográfica. Él solicita tu presencia en un apartamento barato. Le preguntás si se encuentra junto a su mujer, Brooke. De mala gana te responde. No te agrada el tono de su voz, y considerás mandarlo a la mierda. “Que se consiga a otro puto dispuesto a cumplirle el capricho”. Algo, sin embargo, frena tus defensas. Contradecís al Pepe Grillo, las órdenes médicas, y aceptas el trato. Es de madrugada, pero en un abrir y cerrar de ojos ya estás adentro de tu auto (un Datsun reconstruido, color menta). Los kilómetros se hacen diminutos ante la urgencia de la sangre.

Te estacionás en una calle vacía, en un sector de la zona 4, cerca del distrito comercial siempre en boga. Tocás el timbre del edificio y rápido abre Claude, en calzoncillos, luciendo como un charamilero primerizo, alguien predestinado a sucumbir al abandono. Su vista enfermiza te escudriña con cierta desconfianza. “¿Dónde te parqueaste?”, pregunta, antes de echar un vistazo al Datsun y cerrar la puerta, sin esperar respuesta. Suben, las gradas estrechas del edificio, como autómatas, hasta llegar a una puerta entreabierta.

“Está dormida, se pasó de copas”, te anuncia. Brooke yace desnuda, sobre un colchón sin sábanas (desnudo también). Su pelo es más corto que aquella vez, y un tono rubio industrial lo domina. El macho exige que te desnudés (su boxer rayado está en el suelo, junto a revistas de sadomasoquismo y colillas de cigarrillos). Su calibre 357 descansa y vigila, sobre la mesa de noche.

Apresurás el paso, y tratás de vencer el pánico escénico ordenándole a tu cuerpo una erección lo suficientemente duradera como para empezar este ritual. Los ademanes de Claude te indican tu lugar: junto a la mujer semi-consciente que él abraza.

La espalda baja tatuada, los muslos tonificados... estás nervioso. Tu pubis lampiño lo acercás a esa mano femenina, conjugando un verbo tan incestuoso. No te atrevés a utilizarla como una marioneta, al menos no todavía. “Debo levantarme temprano”, murmura a través de un sopor casi indescifrable. Sus ojos entrecerrados descubren al segundo hombre, el invitado anónimo al que su novio y socio decidió convocar sin previo aviso. Roza tu pene erecto, sin animarse a abrir los ojos por completo. “¿Te acuerdas del patojo del hipódromo? Ahora se ve que está más cumplidor”, Claude le susurra a Brooke, sin perder de vista a tu tímida verga.

Quiere dormir, es evidente, tanto como los deseos de Claude, enfocados en que penetrés a su mujer, en el culo, en la boca, donde sea.

Brooke, sedada y recostada boca abajo en el colchón desnudo e inmundo. Claude se masturba como loco frente a vos, al lado de ella, y cuando acabás en su espalda, toma tu semen con su palma abierta y se lo unta en el rostro a Brooke, no sin antes saborearlo. La violación no termina allí.

Claude espera unos minutos antes de ordenarte, empuñando la 357, muy convincente: “Ponéte como ella”. Confundido, apostás por el humor. “¿Qué... me pongo a verga?”, preguntás. “No, es justamente al revés. La verga te la voy a meter yo, y bien adentro, así que recostate”. Tu intento de fuga lo detiene con un culatazo en la nuca, medio metro antes de llegar a la puerta. Es fuerte pero veloz la cresta de ardor, y el hilo de sangre que escurre por tus hombros desnudos. Fade to white, la habitación se oscurece.



Te parece extraño, riesgoso también, el ritual que ejerce antes de colocar su boca allá abajo: sus manos delicadas cortan y doblan varios pliegos de papel higiénico, para luego retirarle el lubricante al condón (limpia el instrumento, por decirlo así). El paladar de esta niña resulta exigente. La Ley de Murphy, un factor con el cual te estás obsesionando, interrumpe el servicio. “Se rompió”, anuncia Diana o Katherine, el miedo y algo parecido a sorpresa matizan su voz, la cual anticipa una salvaje e iracunda reacción por parte del cliente. El preservativo muestra un rasgo considerable. Un Plan B es puesto en marcha casi al instante.

Bañarse juntos no suena mal. Mientras el agua tibia del Mega Motel llena la ovalada tina, Diana o Katherine te cuenta que hoy es su cumpleaños, el número 18, el de la cédula y la responsabilidad institucional, cívica. Sentís llegar un caudal de vergüenza. Tu conducta de ninguna forma podría asemejarse a la de un corruptor de menores, tratás de convencerte. “No es necesario que

me enjabones”, decís, y aceptás de nuevo sus disculpas, por el servicio interrumpido.

Imaginás que son una pareja de recién casados, compartiendo un baño durante su luna de miel. El silencio no sería tan incómodo, sólo el espacio entre líneas. Amor tácito, sin fecha de expiración ni proxenetas. La pareja de recién casados sale de la tina y se viste otra vez. Diana o Katherine enciende la televisión, cambia el canal porno y sintoniza una comedia romántica. Le decís que no cambie de canal, “¡esa es buenísima!”: el gordito superficial logra captar la belleza interna de la gente. El cansancio vence a sus ojos de colegiala. “Puedes dormir, yo te despierto cuando sea hora”, proponés. “Mejor no”, susurra Diana o Katherine y ustedes permanecen tomados de la mano, viendo una comedia romántica en el Mega Motel.



El esposo es el conductor designado. Te sentás junto a su mujer, Rocío, en el asiento trasero de un SUV. Noche oscura, vidrios polarizados, ropa negra. Los conociste hace un par de minutos. Solicitaron tus servicios a través de los clasificados. Deseaban materializar una fantasía y, gracias a la química telefónica entre vos y Rocío, por

teléfono, pactaron una cita. “Este polvo no traerá el psico-drama-sexual de otras veces”, pensás, bien optimista. Un poco tímido, rozás una de sus manos, y pronto El Beso enciende la hoguera. Ya aprendiste a desconectar el corazón de tu cuerpo; “Es fácil”, repetís mentalmente (“ES FÁCIL”), mientras el esposo maneja en La Avenida y busca un sitio desolado.

Rocío gime, te monta y besa, disfruta tus manos en sus abundantes senos. Toda ella, (quizás tenga unos treinta años) aderezada en el entusiasmo de conquistar a otro varón que no fuese su esposo.

Este sexo es peligroso y sucio, como en el mejor de los casos. De vez en cuando la felina brinda una tierna caricia al conductor designado, quien disfruta el show en silencio. Rocío estalla en tu boca, su herida recibe atención especial por parte de tu lengua. Sus labios, todos, son atendidos con una generosidad tipo Madre Teresa. Aplicás el instinto y las lecturas sobre sexualidad, donde por ejemplo, sugieren “alternar las lamidas con una suave presión y con besos”. “¿Quieres acabar en mi boca?”, intuye Rocío, pregunta retórica que te sorprende, antes de inyectarla con tu lechoso ADN. El espectáculo termina, y tanto los actores como el público se sienten

satisfechos con la función. Buscan su ropa en la oscuridad, virulentos y cansados.

“¿Cuándo regresan a la ciudad?”, preguntás, antes de partir rumbo al sótano del Cine, punto de encuentro donde parqueaste el Datsun. Necesitarán tus servicios pronto. Eso hace que te sintás poderoso, útil. Sos el amante menguante.



Datos para recordar: “La confiabilidad de una prueba médica depende de dos factores: el nivel de sensibilidad de la prueba y el grado de especificidad.” Dentro de las pruebas de anticuerpos, ELISA (Enzyme-Linked Immunosorbent Assay) es el nombre (femenino y melódico, sí) que recibe una prueba, la cual se conoce tanto por su alta sensibilidad como por su baja especificidad para detectar anticuerpos al VIH. La posibilidad de un falso positivo se le atribuye a esta última peculiaridad de la prueba.

Transcurrido el período de ventana, y con la existencia de resultados negativos en las pruebas confirmatorias, o el resultado negativo de la ELISA (siempre y cuando no se haya estado en una situación de riesgo), el viento soplará a su favor.



Ya sabemos cómo pueden catalogarse las salas de espera. Resulta obvio: ¿a quién, más que a los médicos y enfermeros (y eso está abierto a discusión) le gustan los hospitales o las clínicas? Aún así, recordás ese miércoles o viernes: la humanidad persiste afuera, tu destino está en suspenso. Los segundos previos a cuando un anfitrión televisivo, nombra a la nueva o nuevo ídolo latinoamericano. Un redoblante, el pulso acelerado y todos tratando de mantener la compostura antes de estallar en lágrimas de alegría o sutil desconuelo (es tiempo de perder que la derrota no te duela) ante un público masivo, y vos... solitario. “Los resultados pueden variar”, pensás. El margen de error quizás te beneficie. Tal vez alguien, sin darse cuenta, vote por mí y por mi salud.

Tu experiencia como fotógrafo te enseñó un par de verdades sobre el gran abanico de posibles expresiones faciales, disponible para aplicarlo en circunstancias y condiciones adversas. Sabés descifrar el bluff de los jugadores de cartas. Como un mentiroso inexperto, alguien concentrado en una conversación o en la posibilidad de tener sexo con sus interlocutores, basta con observarles un segundo para intuir su estado

emocional, sus ganas de hablar, de gritarle a los cuatro vientos la información privilegiada. Se necesita de un verdadero talento “Clintoniano” para no delatarse y escaparse con la suya.

“Pase por favor”, te dice la química bióloga. Varias semanas atrás te informó acerca del período de ventana, tiempo durante el cual se generan anticuerpos en respuesta a la infección del VIH, y de la prueba de detección de anticuerpos que te sería realizada. Fue muy amable, muy parecido a tus misses favoritas en el colegio. Hay un grado de profesionalismo al evitar el contacto visual, sus sílabas se dirigen a un punto fijo, imaginario. “Tome asiento”. Las frases exactas ya no las recordás. Tu memoria selectiva busca protegerte del lobo feroz. Diálogo letal, experiencia vital, sexo grupal.

Acabaste con varios kleenex, los transformaste en pequeñas instalaciones del arrepentimiento. (Breve imagen de televisión mexicana: César Costa le reitera a Miguel, Cesarín y Alejandra que la palabra “hubiera”, es el consuelo de los tontos”.)

Análisis: HIV1/HIV2 y P24 (ELISA). Resultado: positivo.

Tu lecho arroja las palabras de un escritor chileno: “Y aunque giraba y giraba el papel médico entre los dedos, no le entraba en la cabeza ese ejercicio matemático de invertir el más por el menos”.

Esta prueba fue realizada con orientación, según el decreto 27-2000 de la Ley para el Combate del VIH/SIDA y de la promoción, protección y defensa de los derechos humanos ante el VIH/SIDA.

¿Y ahora qué?

Tenés derecho a una llamada. Prisión del cuerpo, reo que busca fugarse. Te espera la llanta pinchada del Datsun, antes de regresar a El Matutino.



Ambos descansan en su cama, acalorados, en la habitación donde Ella creció. Ya no aguantás más la carga del secreto, y las voces en tu cabeza entran en conflicto pero concluyen un hecho irrefutable: hay ocasiones para ser honestos, brutal, despiadadamente honestos. “No existió una aguja en mi crisis -buscando la forma de suavizar el golpe, le habías inventado un escenario en el que un amigo tuyo y vos habían compartido una aguja- Las cosas se dieron de otra

manera”, empezás, temiendo verla a los ojos y conservar en tu mente cada mueca, cada metamorfosis facial de la mujer que, hasta ese momento, se supone, te ama. El mundo y la gente cambian, estás consciente. La culpabilidad te crea dudas. “Retomá el punto, maldito. ¡Retomalo!” Ya la puerta está abierta.

“¿La amabas?”, pregunta.

Te odiás, detestás esa posición: “haberte convertido” en un arquitecto de mentiras piadosas, subido en el estrado de los culpables, un artefacto que se construyó, libre de costo y sin otro motivo que ejecutar el desamor como solución, la enfermedad terminal como arma de negociación.

“No, ni siquiera la conocía. Es algo que sólo ocurrió. Fue una estupidez así nomás. [SILENCIO INCÓMODO] Perdóname, por favor, perdóname. [MÁS SILENCIO INCÓMODO] Estás en tu derecho de abandonarme. [AÚN MÁS SILENCIO, MÁS INCÓMODO TODAVÍA] Nadie te lo reprocharía. Yo, menos que nadie.”

Ella besa el anillo de compromiso, promesa-regalo tuyo para ella, el cual usa desde hace 6 meses en su anular derecho. El gesto te desbarata. No podés verla a los

ojos y ahogás tu vista con la almohada llena de su olor, como lo haría un niño al que le han informado la muerte de sus padres. Llorás con una intensidad apocalíptica, y Ella te acompaña con su propio dolor (el ego y la dignidad, estiércol moral que prefiere tragar, por falta inmediata de tiempo para una mejor alternativa) eclipsado por su involuntaria preocupación médica.

Si de posiciones hablamos, no hay una más cómoda que la fetal, previo a dejarse embarcar por el sueño. Se recuestan de frente a la pared, agotados por el llanto y el calor veraniego. Un plan de contingencia es puesto en acción: ella se hará una prueba de diagnóstico, aunque le tratás de recordar lo poco probable de un resultado positivo en su caso. Ahora, y por los siglos de los siglos, resulta que sos un pinche experto en la materia. Tan experto que lograste adquirir el virus, la bala de plata que no se encasquilló y fue una herida limpia.

Se te ocurren opciones no viables, como fabricar una historia lo suficientemente creíble (“una violación, ¿por qué no?”) para tener acceso al cóctel retroviral en uno de los hospitales públicos. De todos modos, a estas alturas del partido, ya sería inútil, pensás: Ella también fue expuesta, gracias a vos. Tus sugerencias no valen.

Retoman el plan original: la prueba de diagnóstico. “Mejor estar seguros”, logra susurrar antes de quedarse dormida. Dos humanos caen, abatidos.



Ella salva vidas. Nada puede arrebatarle eso, el poder que tiene para curar, la habilidad de poner el bienestar colectivo por encima del propio. Se encariña con sus pacientes, y brinda más de sí al momento de asumir su labor, poco remunerada. Los turnos le exigen obviar el sueño, el alimento incluso, repartirse entre sus compañeros la suerte de ir en busca de café (negro o capuccino, de preferencia), durante las madrugadas.

Estar con Ella no es fácil. Su carácter: intempestivo, y los cambios de humor suelen ponerte contra la pared. Es casi nula su capacidad de dialogar, una vez se acciona el código rojo. Pesimista e insegura hasta los huesos (ahora, cada vez más visibles), dudaba de tu amor y de tu fidelidad (antes de tener motivos válidos para hacerlo). Es capaz de ser tan oscura, de escupir y arremeter con violencia.

Pero es tuya, eso querés creer: es tuya. Por eso tratás de obviar sus caprichos, las mierdas desesperantes.

Te propuso matrimonio, valiéndose de una pajilla doblada para simular un anillo. Fue emocionante. Vos le devolviste el favor, una noche fresca, sin estrellas, en la Bahía de Amatique: te hincaste frente a Ella, de forma ceremoniosa. Le pediste que fuera tu esposa; ambos lloraron de alegría.

Ella salva vidas. Pero, al menos que la tecnología y los milagros de la ciencia se adelanten a nuestra época, Ella no podrá salvar tu vida. Lo aceptás, estoico. No te lo merecés, sus cuidados.

Por el momento te transportás a una de tantas madrugadas, cuando los dos, de forma horizontal, tierna e incómoda, se besaban y abrazaban en el sofá de su sala, antes de que Ella subiera a bañarse. Amasar el calor, la desnudez parcial, los besos en la aurora. Estabas vivo, pero eras inmortal.



Sentirse productivo es bueno. Tal idea se te atraviesa mientras hojeás un ejemplar de Selecciones del Sick Man's Digest, y corren por vos los minutos previos a tu sesión de terapia. Por lo general esperarás a Cristina, tu psicóloga, en su consultorio, armonioso y lleno de

crayones de cera, colores y, desde hace años, fuente de paz y preguntas.

La recepcionista de unos cuarenta años, mal maquillada, entretenida con un catálogo de lencería, te anuncia que aún no termina la consulta de una paciente. Esperás afuera.

Sí, sentirse productivo es bueno. Regresás a esa idea y te imaginás en un reality show: dedicás horas de tu estadía en el loft, compartido por otros seis desconocidos, a emprender labores altruistas, tener aventuras llenas de cerveza y desenfreno en el jacuzzi. Compartís tus más profundos secretos con la cámara instalada en el confesionario, y con tus compañeros, para agilizar la confianza e intimidad. Sos toda una máquina de ratings. Los otros habitantes se benefician de haberte conocido. Son mejores personas gracias a ello, mientras dura la producción del reality.

“Feliz día”, dice una voz femenina y débil, antes de salir de la clínica. Tu fantasía diurna llega a un súbito fin. “Ya puede pasar”, te informa la recepcionista. Cerrás los ojos. “No deje que usted forme parte del pasado. El pasado debe formar una pequeña parte suya. ¡Buena suerte!”. Las dulces palabras de Cristina son el bálsamo

necesario para que asumás el control de nuevo, y hallés el camino. Apenas hay fuerzas suficientes para levantarte de la silla.



El temor ya no es una constante. Temor por tu persona al menos. Mentís. Nacer, crecer, reproducirse y morir. Invertir el orden de los últimos dos procesos no era algo que habrías contemplado. Ella se ve mejor cada día, y esto te llena de orgullo y dolor al mismo tiempo. Encapsula el concepto de vida, gracia, misericordia. Siempre te inclinabas por Lilian, María o Ana, como los posibles nombres para tu primera hija. Ella pensaba en otros, como Andrea, Celine o Alejandra. Muchos significados, temas para conversar en cama, y quedarse un rato más allí, para ignorar las tinieblas.

“¿Adónde vas, mi amor, adónde?”. Su voz-caramelo te persigue en la oscuridad. La orilla se ve distante. Durante el sueño ves su figura asomarse, un bulto arropado descansa en sus brazos. La estación del tren, la parada de camioneta, la terminal del aeropuerto, un rótulo de PROHIBIDO FUMAR. Terror nocturno. Terror.



Esta película de Woody Allen te hace mierda. La catarsis de un hombre inseguro, de perfil aspiracional, un escalador social como los muchos que fotografiabas de noche, las abuelas (matriarcas sutiles, castrantes... malditas) y su chingadera. Labios robustos de una actriz ambigua, engañada, sin éxito o dirección.

Se acerca el invierno, y el panorama exige nuevas resoluciones. Comprometerse de una vez por todas. Embarazarla a Ella pudo ser una gran broma circunstancial. Quizás. Aún así, es mejor no cuestionarlo. Presionás STOP con tu control remoto. Vas por un cigarrillo.



Ella se ve en el espejo de su cuarto. Trata de probarse un pantalón que sabe, de antemano, no le quedará. Es un recurrente y masoquista vicio. “Estoy hecha una bola de grasa”, dice en voz alta. Sus 88 libras podrían contradecirla, pero Ella no escucharía argumentos. El humor es volátil, te da miedo su condición. Y, sin embargo, cuando supo tu diagnóstico, la anorexia quedó en un segundo plano. Ahora, toma sus delgadas mejillas con rabia. Empieza a rasgarse la cintura con sus uñas, el

rostro es tenso y contraído. Sin pensarlo mucho lanzás el espejo de cuerpo completo (que cuelga al lado del marco de la puerta) al suelo, astillándolo. Le das un cabezazo a Ella: sobresaltada, te cuestiona con sus ojos, incrédulos y adoloridos. Un mar de culpabilidad inunda la habitación.



“Cuando el hombre padece el sufrimiento del amor no correspondido, el dolor de los amantes malditos que no pueden encontrarse o consumir su relación, es una señal evidente de que alberga en su interior sentimientos no resueltos del pasado”. Dejás el libro a un lado de la cama, en el piso sucio junto a facturas viejas y tapaderas de yogurt líquido (hay días peores que otros, y la limpieza es el primer soldado caído durante La Depresión).

Ella eligió bien al no elegirte. Quién, después de todo, desearía quedarse “en los días adversos”. No con todo el peso de la culpa sobre el techo, amenazando con atravesar el cielo falso, no junto a un ser inválido por decisión propia. No así.

Tenés cita con Cristina, mañana a primera hora. Tu subconsciente amenaza con instalarse y librar una campaña de sabotaje intensa, perversa.

Estuardo te dejó de visitar y tampoco responde el celular. Su optimismo tipo Hallmark te caería bien ahora. Las lecturas edificantes quieren reemplazar el contacto humano; la música también. Cerrarás los ojos. Intentás dormir.



“No hay nada que 150 horas de terapia no puedan curar”, bromea Cristina, luego de abrir por completo la cortina de su consultorio. “Me fascina la lluvia”, anuncia, observando el paisaje urbano desde el octavo nivel de El Edificio. El invierno menstrúa afuera.



Para Ella es más cómodo fingir un aura de inocencia virginal, que reconocerse como una cabrona hecha y derecha. A vos no te engaña. Estás tranquilo con ser el villano, porque así lo ven su familia y amigos.

El virus hace de las suyas, a pesar de tu religiosidad con las dosis de los retrovirales. Te considerarás estoico, pero no dejás de tragarte un litro diario de rencor en nombre suyo. Estuardo fue cabrón y trabajó en silencio y a distancia, el hijo de puta. Si no te muestran El Video, en La Oficina, jamás lo hubieras creído. “No, ellos son incapaces, jamás me harían eso”. No contaban con la astucia de Porno-Tube, ni de las cámaras de seguridad, ahora dispersas por toda la ciudad. Aunque, talvez, el plan original contemplaba su humillación a nivel mundial, gratuito... descargable.

Aunque has sofocado esas imágenes a través de una memoria selectiva, recordás la esencia macabra de esa producción amateur, reproducida cientos de miles de veces, ahora parte del interminable inventario de

pornografía web. La cinta original la obtuvo Estuardo, mediante un acuerdo monetario con el jefe de seguridad de La Oficina: “No sea así, don Tulio, viera que a este culito le gusta chimar en lugares prohibidos, y yo ya me puse de acuerdo con el coeditor, para utilizar su oficina. Si quiere traiga a sus cuates para que lo vean desde el cuarto de control, en vivo y en directo”. Y así, los doce minutos de porno dura abarcan toda “la visita” que Ella le brindó al editor (Estuardo) de El Matutino: desde el viaje solitario en El Ascensor –en el que se ve cuando, en un impulso, se baja la ropa interior y la guarda en su cartera–, pasando por la mamada salvaje en la sala de diagramación, hasta el momento en el que él la penetra con una botella de cerveza medio llena. “Putá madre”, pensás.

Sí: desviar la atención de tu cerebro hacia territorios nada sanos es otra forma de acelerar EL PROCESO. Enmendar los agravios pasados no se te apetece. Preferís la caída libre, un pastel de pura mierda, -ser ‘inmaduro’, si así lo desean ver-. Así son los enfermos terminales: DIFÍCILES de tratar.

Ciudad de Guatemala, 23 de mayo, 2009

a oscuras
con el televisor encendido en la madrugada
un diagramador voyeurista
sube al internet este libro
un día de junio de 2009
en un lugar conocido como Guatemala

